

La habitación de los Posters de las Chicas Desnudas

Maricel Hernández



Image not found.

Capítulo 1

I

Hola.

Cuando uno conoce a alguien, se dice "Hola".

Bué, se dice en general. Ves a un ser humano y saludás.

Pero no puedo, no con ella, como si fuera cualquier otra.

Soy hetero, tontos. Tampoco la voy a tratar como trato a mis amigos, dándole una palmada en la espalda y revolviéndole el pelo.

No se rían. Soy educado.

Y sí, se me caía un poco la baba, y me quedé mirándola fijo un buen rato, es verdad.

Pero ella no se dio cuenta. Tenía varios clientes comprándole esas porquerías que hace y por suerte no me vio quedar como un nabo.

– Andá a hablarle, flaco.– El rubio, de al lado mío me molesta.

Estamos sentados en las escalinatas de la Iglesia delante de la plaza con Marcos y Facundo. Uno trata de disimular. El otro se da aires de macho.

– ¿Tanto te cuesta hablarle a una mina? Como si le importara que yo me la coja o no.

Se pone una ramita de palo santo en la boca y mira hacia al frente, a la plaza llena de gente como todo día soleado, a los demás manteros que están vendiendo cosas con ella, a un par de gitanas lucrando con la desesperación de los transeúntes, que tentados con la idea de una solución mágica se sientan.

Y, a lo lejos, la peatonal que desemboca en las vías de la línea Mitre. Tiene que volver a Capital. Los viejos salen y la hermanita queda sola.

Marcos me mira mientras bebe un poco de agua de la botella.

– Dale, boludo, si vos sabés que es rapidita, encima.

En teoría es rapidita, de todos modos.

La gente habla mucho.

Yo desconfío. ¿Quién va a decirte la verdad? Las chicas a las que les preguntamos, por ejemplo, eran feísimas, no te van a venir con que otra chica que es hermosa, es una santa.

– No toda la gente es resentida, che – me corta Facundo.

Entonces pasa lo mismo, solo que al revés. Las personas esas, alegres, naif, de buen humor que miran al mundo color de rosa, cuando algo es malo, no lo admiten, lo moldean en su mente, a su gusto. A nadie le gustan las cosas como son.

Por eso no importa que hayan hablado bien o mal, sino que digan lo que digan no es cierto. Marcos se mete a preguntar qué pasa si las minas feas se ven lindas, Facundo pone mala cara, tiene cara de culo de por sí, pero la acentúa más para que nos callemos.

– No les des cuerda, que va a empezar – Entierra la cabeza entre las manos. Acerca las rodillas al cuerpo. Es un feto adulto.

No le doy pelota.

– La gente que se siente linda es linda.

Facundo hace un movimiento; finge retorcerse del dolor.

Después de unos minutos en silencio, admiramos los arbolitos y todo lo que hay por mirar. Cuando nos levantamos, abandonamos por fin la idea de encarar a Merlina y nos despedimos.

Uno se va a tomar el tren, el otro el bondi y yo me voy al instituto a laburar.

Esa es una de las cosas buenas que tiene estudiar ingeniería, aprendés mucho de matemática, física y química y tenés la posibilidad de garpar dando clases particulares en institutos.

Me gusta enseñar porque es sencillo. La matemática en sí es sencilla, también.

Son fórmulas. Y enseñar es otra fórmula.

Los chicos tienen dudas obvias. Dudas de principiante.

Paso la tarde trabajando ahí y después vuelvo a mi casa. Recorro la placita céntrica donde está Merlina; la observo.

La observo como a una estatua.

Es un monumento de la plaza. La miran mucho. Alargan la cabeza hacia atrás como yo, que paso y mi mirada se fija con pegamento. No puedo apartar los ojos. Están sellados. Mis pies avanzan pero la imagen me absorbe lo más que puede.

Entonces llego, atravieso un jardincito medio abandonado y me meto.

No me gusta el estado del jardín. Lo ignoro.

Ni siquiera tengo fuerzas para arrancar las malezas o hacer algo con los duendes de resina, resquebrajados. No tengo idea si tirarlos, restaurarlos o qué mierda. Las plantas ya se pudrieron.

Las paredes de concreto grisáceas, antes blancas, antes, hace no tanto, cuando... Bueno, las paredes tienen varias grietas. La humedad las fue carcomiendo. Es una cuestión que viene desde los cimientos, hace que se vaya descascarando la pintura y se caiga el revoque.

Creo que debería levantar los pisos que rodean la porción de tierra y picar las paredes.

Cuando todo está para el culo, cuando uno está para el culo, busca resolver los problemas más obvios, los problemas simples. En la matemática primero se resuelve lo superfluo.

Ejemplos: Detectar las huellas de la putrefacción de las paredes.

Sacar el celular, chusmear en internet que se puede hacer y cuánto cuesta que lo haga un profesional.

Eso es todo. Eso es lo básico. Profundizar, no gracias.

No hay dinero, ni tiempo, ni nadie que mire la pared y que me diga: "¡Qué bien, no hay humedad!" Entonces entro a la casa.

Me doy por vencido.

O no me doy.

Porque yo sé que pierdo, pero pierdo inconscientemente.

Hay una aurora celestial, acá.

Tengamos en cuenta que para mí lo celestial es un concepto de tranquilidad, hermanado con el concepto de muerte.

“Vamos a descansar cuando estemos muertos” dijo ella una vez, cuando yo era chico.

No es un recuerdo tétrico, este.

Justo este no.

Se refería a que hay que trabajar, estudiar, ponerse las pilas.

Las cortinas blancas semitransparentes, atadas con un lazo de metal en forma de flor, parte de la decoración típica de una casa, colaboran a dejar pasar la luz solar iluminando el polvillo que vuela en el aire.

Polvo inmundado.

Luz inmundada.

Hace falta limpieza. Hace falta una mujer que limpie, ya sea una madre, una novia o alguien que sepa hacerlo bien.

Porque “bien” se refiere al detalle.

Yo no soy detallista, por eso no limpio directamente. Voy donde tengo que ir, recorro los pasillos apestados de cuadritos baratos, de esos que las mamás compran cuando sos chico.

Hay uno de una nena con un vestido de pétalos de flor.

Otro tiene la figura de un payaso sonriente que le muestra un globo a un nene asombrado.

Yo los compré.

Tengo buen gusto.

Son perfectamente infantiles.

Llego a la puerta de ella, una puerta de madera pintada de azul. No sé por qué de azul.

Pongo mi mano sobre el picaporte de metal y tiro para abajo.

Lo primero que veo: Suciedad.

Mugre y oscuridad.

Tengo una alucinación sobre la ventana, creo que aunque levante la persiana hay tablas de madera que bloquean la luz en su totalidad.

Veo, a contraste entre la sombra y lo poco que dejan entrever las rendijas, su cuerpo como un bulto bajo las sábanas.

Hace calor. El aire viejo, comprimido, mantiene el ambiente denso.

Nunca entiendo por qué se tapa.

Me hace acordar a una salchicha.

Es gorda, con forma tubular, estremeciéndose como si ya el agua hirviendo la hubiera terminado de cocer.

Las almohadas a su lado, son el pan de pancho.

Que buena comparación. Pancho. Pancha.

Siempre tirada.

Me aproximo y destapo la olla. Le arranco las mantas. Se tapa la cabeza con los brazos.

Yo quiero taparme la cabeza con los brazos. No hay nada en este cuarto que valga la pena mirar.

El suelo es de madera, en él hay ropa arrugada, pedazos de vidrio y cerámicas de tazas que se cayeron. Los pateo. Sé el estado de todo por mis zapatos y mis manos. Pellizco las sábanas de la cama donde está recostada. Froto en mis dedos la tela para cerciorarme de que no se haya meado en la cama otra vez, lo mismo con su ropa.

Ella está muerta mientras duerme.

Es un alivio que no se dé cuenta, como es un alivio no ver bien lo que estoy haciendo. La oscuridad protege. Mis ojos están vedados.

Qué bueno que no quiera abrir las persianas.

Qué bueno que no quiera levantarse y que yo ya no tenga por qué hacerlo, por qué levantarla.

Porque antes la pensión la cobraba ella sí o sí. Cuando son trámites legales no hay tu tía.

Levantarla era revivir esas series de televisión que ves de chico, cuando los padres despiertan a los hijos para llevarlos al colegio.

Vestirla, peinarla, prepararle el desayuno.

No me gusta sentirme padre con ella.

Pero no la culpo. Ella es una nena. Yo le llamo Verónica, por su nombre.

También debo estar atento a su medicación, como cuando las nenas se engripan.

Le sacudo el hombro.

– ¿Tenés hambre? ¿Necesitás algo? Hace amago de sacarme el brazo. Quiere dormir. La vuelvo a sacudir.

De a poquito, muy de a poquito, creo que abre los ojos.

Digo creo, porque estoy en la semi-oscuridad.

Ella duerme boca abajo.

Quiere incorporarse. Con ayuda de sus brazos, se apoya, y lo va logrando.

Oigo su bostezo. Siento también su aliento pastoso.

Se sienta.

Queda en posición de indio, con las piernas flexionadas hacia dentro y con el tronco doblado hacia delante, sus manos siguen deteniendo el peso para que no caiga de cara al colchón otra vez.

– ¿Algo para tomar? Voz gangosa.

No respondo, pero atiendo a lo que me pide. Me llevo de la mesa de luz la bandejita con los restos de comida a la cocina y vuelvo al toque, con un vaso de jugo y unas cuantas galletitas.

Sonrío. Trabajo hecho.

Y este es un momento de satisfacción, bueno, a la noche después de la

cena viene otro y así.

No hay nada de malo con mi vida, ¿eh? Cuando sea ingeniero, o cuando me gane la lotería, después de que tenga plata para empezar a jugar seguido y tener chances de ganarla, le voy a contratar una enfermera que la cuide.

Solo me quedan unos años de esto.

Hay que ser optimistas.

Mi vieja está depresiva y por lo tanto yo debo ocuparme de que ella subsista. Por suerte tengo la pensión de su marido.

No mi viejo. Su marido.

Su marido, su marido, su marido...Es aquí que ellos se preocupan.

– ¿Por qué no te conseguís una mina? Marcos lo mandó a callar.

–No des pelota, no entiende lo que estás pasando. Estamos para lo que necesites.

Lo sé.

Por eso salgo con ellos a distraerme.

En unas de esas la vi. Se iba el sol, el viento estaba fresco, había un par de puestos en la feria de San Martín, la gente en musculosa compraba contenta, Facu tenía la vista en los culos iluminados por las lámparas de hilos de colores.

Yo observaba la puesta de sol, en medio de unas cuantas nubes altas y dispersas que dejaban colarse la luz, al tiempo que mi amigo me da un codazo en el estómago y me saca de un paisaje paradisíaco para otorgarme otro.

– Mirá qué buena que está esa mina.

Técnicamente él la vio primero.

Quise acercarme a ella. No pude.

No pude porque no pude, no nos detengamos en detalles. Así que él fue por mí.

Lo vi escabullirse entre la gente que hacía fila para gastar plata.

Al rato volvió con una especie de muñeco de alambre del tamaño de un llavero, con vestido de paja y cabello hecho de lana.

– Se llama Merlina, es mantera en San Martín de lunes a viernes y hace adornitos de metal.

Ya no estaba tan entusiasmado.

Se alzó de hombros.

– Le dije que era linda, que si hacía algo después de trabajar y me respondió que sí, que iba a coger con su novio. Una pelotuda.

Yo la espiaba a lo lejos, con el cabello castaño oscuro ondulado, los rasgos suaves, la boca pintada. Angelical, sin dudas.

Y esos vestidos. Lleva constantemente esos vestidos sueltos, simples, sin mangas, de un solo color, usualmente claro, como verde agua, celeste, azul. etc.

Brilla. Esa noche la vi charlar con la gente. Es tan animosa.

Tengo una cara cuando la miro. Me pase como tres minutos observándola. La miraría más, pero no hace nada aparte de charlar con clientes.

Cómo me gusta, ¿eh? Tanto.

Tiene algo esa chica.

Bah, por ahí no tiene nada, porque es media plana de atrás, habría que verla con un jean, y no con ese vestido fiero que no tiene mucha forma, pero está buena. Sin duda.

Basta con verla.

II

Me gusta la idea de ser padre. Me gustan los pendejos en general. En el instituto donde trabajo vienen pibes de todas las edades.

Desde siete a doce años me caen bien. Conecto.

Mientras les enseño matemática en el salón, con los bancos en ronda, les charlo de cosas de hombres, de cómo es vivir solo.

Les explico entonces cómo se lava la ropa, cómo se quitan manchas, cómo las de óxido o aceite, a coser las medias cuando se agujerean en el dedo gordo del pie, platos fáciles de cocinar para que no se mueran de hambre, etc.

Cosas que todo hombre debe saber para sobrevivir en la jungla de cemento que es la ciudad.

Sé que me respetan porque en general no hay mucha gente que les enseñe cosas útiles a los nenes, solo a jugar al fútbol y a otros deportes, como si tuvieran que aprender a jugar.

“Sos tan buen pibe”, me dice la madre de un nene que cuido después de trabajar.

También soy niñoero.

Me jode un toque admitir esto, sí. Ya es demasiado de mujer.

¡Pero necesito comer, mierda! No estoy entregando el culo, ni robando, tampoco. Y cuido solo a uno.

Por suerte el nene colabora y dice que soy su primo cuando alguien pregunta.

“Tío” le avisé que no, porque cuando alguien es tío le suelen venir con cuestionarios familiares, de tu hermana, de tu hermano, de tu bisabuelo; son como interrogatorios y no quiero dar lugar a eso. En mi situación, no gracias. Prefiero ser primo, porque los primos siempre están más distanciados de las familias del otro, aun cuando viven cerca, solo son primos.

Muchas veces me inventé familia, ¿eh? Hablo desde la experiencia. Por eso digo, no conviene inventar nada que tenga que ver con hermanos.

Una vez, de chico, para ahorrarme complicaciones, dije que mi hermano mayor era el que me cuidaba y que nunca lo veían conmigo porque era bombero voluntario.

Fue una mentira bárbara al principio.

– ¿Y el resto de tu familia?– Murieron en un incendio, ahí fue cuando mi

hermano se volvió bombero.

A continuación me ponía a llorar y asunto concluido. Asunto concluido hasta que alguien preguntó cómo nos ganábamos la vida si el único pariente vivo que teníamos era un pobre bombero voluntario de veinticinco años.

Lloré más fuerte.

Dejémoslo acá, por favor.

Como explicaba antes, cuido un nene. Es un nene que estudia matemática como alumno mío en el instituto. Es un nene de esos que hace todo bien. Le explicás una vez y ya está.

Yo era así, también.

Y aunque en verdad no seamos familia, compro de mi propio dinero lo que me pida, mientras no sea caro.

Quiere figuritas para pegar, juguetitos de supermercado, travestis de metal... Fue él, sí.

La conocí gracias al nene que hace todo bien y que estudia matemática en mi instituto. Porque cuando está cayendo la tarde y yo quiero volver a casa, no me deja. Mueve la cabeza de un lado a otro.

Entonces me arrastra. Los nenes me compran, la puta.

Hacemos dos cuadras, en una tarde llena de arbolitos de copa con sus ramas podadas prolijamente y cielo anaranjado.

No me resisto.

La calle se ve alegre, los ladrillos de las casas rojos y un par de enredaderas verdes marcan contraste.

– Hola, ¿cómo estás? – le sale de los labios al instante que señala un muñeco, demandándolo.

Le habla sin pudor, directamente, como si fuera una vecina con la que charla de precios en un almacén, como si se conocieran de antes.

– Bien, ¿y vos, amor? – Sentada en el cordón que separa el concreto de la vegetación de la plaza, descruza las piernas cubiertas en parte por el vestido y se inclina sobre el manto con la mano extendida para pellizcarlo– .¡Qué lindo que sos! Yo al lado estoy en silencio, mirando todo

con un nudo en la garganta.

En eso se detiene, advirtiendo mi presencia. Hace un gesto con la boca, frunce, y se lleva el dedo índice a los pliegues. Está pensando.

– Vos también sos lindo.

Ingreso a un estado de shock.

Tengo la mente en blanco. Mucha emoción junta.

Tengo miedo de quedar como un boludo atómico.

– ¿Tu hermano es boludo? Habla fuerte, a lo urraca.

Unos manteros a metros nuestros, miran.

– Pelotuda.

Me tapo la boca automáticamente, arrepentido por mi exabrupto. ¡Yo jamás puteo en voz alta! Ella, arqueándose contra su vientre, con la cabeza escondida en el pliegue del vestido entre las piernas, ríe más.

Asoma levemente con un movimiento que despeja los rulos de su cara y logra articular:

– Sos un boludo simpático.

Conté todo con lujo de detalles.

–Me dijo que soy lindo.

Supe que en ese momento había ganado su respeto.

Se miraron.

– ¡Yo sabía que era putita! – Eleva el puño en el aire en señal de victoria.

Marcos lo reta automáticamente. Que no es asunto nuestro, que le parece una mina laboradora, o que hace algo, que ya es mucho para ser una mina, que no sea machista y deje de tratar a las minas de putas y bla, bla, bla.

Y que uno nunca puede saber a ciencia cierta sobre la vida sexual de los

otros, que quizá hasta puede resultar ser la Madre Teresa de Calcuta.

Asentí.

El rubio bufa.

– ¿Leyeron los nuevos testimonios de Teresa de Calcuta? La mina era una hija de puta, los médicos que fueron a visitar a los enfermos decían que tenía “casas de la muerte”, los millones que la gente donaba para sus enfermos se desvanecieron en el aire, no había camas, suministros médicos, nada de nada, no se encontró dónde fue a parar tanta guita, aunque bueno, siendo católica...

Me llama la atención escucharlo hablando de algo que no sean culos, birra, o falopa.

– Mi vieja dice que ahora somos protestantes.

– Evangelistas, querrás decir. – Lo corregimos Marcos y yo.

– Anglicano. – Dice con aires de exclusividad.

– ¿Cómo los ingleses?

– Evangelistas.

Ahí sonó mejor.

Corro un almohadón polvoriento para sentarme en el sillón de la sala.

Cuando les ordené que se acomodaran para darles una noticia importante arrugaron la nariz juzgando mi mugre.

Encima de envidiar mi levante, son unos maricones.

III

Algo anda mal en su cabeza. ¿Cómo puede estar tan alegre? La oigo y las escaleras resuenan a su paso. Salta en los escalones, los va a romper.

“Quizás esté actuando” Me dice algo dentro de mí.

Le doy un sorbo al mate, a través de la rendija de la puerta semiderruida, veo al final del pasillo una luz, la luz de sol, de afuera, del verde, de la no

vida.

Creo que lo despide con un beso. No veo demasiado.

La puerta se cierra.

Hay silencio.

No sé si volvió a subir, no oigo nada. Vuelvo a sorber. Tengo que cambiar la yerba, está rancia.

Pero no hay plata para nada.

No solo me pasa a mí. El país se está viniendo abajo, no es sorpresa. Esta década se perdió.

Y ojalá se hubiera perdido solo en plata. Si creyera en la oración, rogaría para que nada más nos vayamos a morir de hambre. Sería un consuelo.

La muerte no me parece terrible. Esto es terrible. Ella y sus piernas largas.

– ¿Qué hacés ahí? – La sorprendo. Está detrás de la puerta.

Se escabulle con cuidado pegándose a la pared y entra a la cocina conmigo.

– Medialunas con manteca, – observa y levanta las cejas, simulando sorpresa. Se acerca a la mesa redonda de roble donde estoy sentada. Estira la mano para agarrar una. Le pego en la mano.

Me pone una mueca burlona.

– Parecés una vieja miserable, Mónica.

Siento asco.

– Lavate las manos, por lo menos.

Camina contoneando las caderas hasta el lavabo de la cocina, se lava y cierra la canilla que gotea.

– ¿Cuándo vas a contribuir a la casa de putas? Vivís acá y ni un empapelado para la pared que se cae a pedazos sos capás de comprar.

Arrojándose a la silla, atrapa una medialuna, mastica lento.

Traga ruidosamente.

Tiene un lunar en el escote. Se da cuenta que la miro porque entonces se acomoda el pelo. Al mover los brazos se aprecia mejor la piel de su pecho. No lleva corpiño. Tiene los senos grandes, para colmo, redondos y con la aureola rojiza alrededor del botón del medio.

Fue hace un año y medio más o menos cuando se le ocurrió deshacerse de todos sus corpiños. Una tarde volvía yo de hacer las compras y cuando giré la llave para entrar, me cayó ropa interior en la cabeza. Arriba, en la ventana, ella se volvía a esconder.

En el suelo de la calle, alrededor mío, había más.

La gente que pasaba husmeaba, curiosa.

– Decidí que no existe razón para llevarlos puestos. Los hombres no lo hacen. – Se excusó.

No la contradije. Creo que las multas por exhibicionismo son muy bajas y prefiero pagar antes que soportarla.

Cuando se cansa de hacer espectáculo se hunde en la silla abandonando su cuerpo como una bolsa de papas y se deja el pelo como está. Me dirige la palabra, hastiada.

– Me mirás mucho y nunca me tocás.

– No toco a mi familia, – contesto, ignorando la insinuación. Tomo la bandejita con medialunas y me levanto para ir a guardarla.

– ¿Somos familia de verdad? - Le estoy por preguntar cuándo llega el próximo, solo para no meterle un cachetazo.

Entonces para mi suerte o continua desgracia, suena el timbre.

Rechina la silla de madera donde ella estaba sentada. Se escabulle de nuevo contra la pared sin tocar la puerta y ya no la veo. O ella no me ve.

Porque yo soy consciente de todo aunque no le importe.

Soy un fantasma.

No tengo voz, no tengo voto, no tengo importancia.

Estoy muerta.

La calle afuera está llena de muertos. No soy la única.

Y no hay nadie vivo.

Hay gente como ella, sí. Son "no muertos." Como zombis que destruyen nada más. Para otra cosa no sirven. Que hay peores que otros, claro.

Ella dentro de todo no destruye tanto. Con algo de esfuerzo, con mucho esfuerzo, la puedo querer.

– ¿Tu hermana, Moni? El otro día la vi sin querer a la noche cuando fui al baño. Ella estaba meando, se levantó con la bombacha abajo y me cerró la puerta en la cara. Me quedé con la pija tan dura...

Arrugo la nariz.

Como dije, con mucho esfuerzo.

Se oye una risa y luego a él gritando:– ¡Ay, no te pongas celosa, que primero te doy a vos!

Me gusta tener compañía en casa.

Y soy una persona muy sencilla que comparte lo que tiene sin problemas. Mientras comparta con personas, no con cerdos.

Facundo traga.

No mastica las papas fritas. Las manda directo al esófago.

Y encima se ensucia los dedos y la boca con el aceite.

– ¿Podés comer como una persona? Espera a terminar de engullir. No usa plato, como se las cociné para él agarra directo de la fuente.

– Si, como un hombre, – se limpia las manos en los pantalones mientras tiemblo del asco.

Yo soy un ser humano de género masculino de estos tiempos. No de la época de las cavernas.

Pero andá vos a hacerle entrar en la cabeza eso, un poco de etiqueta.

Si él, pobre, no tiene a nadie que lo eduque, de todas formas.

Ese pensamiento maligno da vueltas en mi cabeza una y otra vez y me calma.

Pensar en eso me ocasiona regocijo.

Un pobre pibe con dos padres a punto de separarse y una hermana chiquita que se la encajan cada dos por tres.

– A mi hermana me la banco más que a ellos, antes me rompían todos los días para que me busque un laburo y estudie más.

Pone cara de “no me importa”, arruga la comisura de los labios y evita el contacto visual.

Enciende el televisor de la cocina. Es un apartito pequeño encima de una estantería donde se guardan las bandejas de metal.

Apoya descuidadamente los pies encima del tacho de la basura, a metros suyo y se queda en su limbo personal.

A mí no me molesta estar en silencio. Aunque quiero hablar.

Cuando uno habla se mueve y cuando uno se mueve dice la verdad. No es que la gente no se mueva cuando está en silencio, pero se mueve más cuando charla. Gesticulan las manos, sonrén, te miran, o arrugan la nariz si no les gustó lo que vos dijiste.

El movimiento rompe con la falsedad.

Tampoco creo que en asuntos exclusivamente verbales existan palabras de desperdicio. Pienso que todo tiene un sentido.

Siempre se cuenta algo.

Por más que no se comprenda.

El contenido sucede. Va a la par del sonido y hasta en el tono de voz.

Uno escoge las palabras pronunciadas. Nunca decimos “Azul, boda, azúcar, luz”.

Pero los labios de Facundo están sellados mientras observa la pantalla pequeña. Las órbitas de los ojos se asemejan a dos huevos, como los preparados en el almuerzo.

Abstraído en la televisión, permanece callado, inmóvil, adobado.

Frito.

En mi familia agendamos todo lo que nos sucederá en el día a día.

De lunes a domingo contraemos matrimonio y celebramos a los recién casados. Ocurre un nacimiento y rajamos al hospital. Ocurre una muerte y compramos coronas de flores. Nos peleamos. Nos divorciamos. Lloramos y luego nos tomamos un vino.

Yo a veces olvido la agenda.

¿Qué tenía que hacer hoy? Me duele la cabeza de beber tanto.

No está bueno beber solo.

Creo que al mundo le duele la cabeza por andar solo y caer en la bebida.

Si tuviera a mi esposa estaría en la cama desayunando con ella.

Las raíces de todo mal son la soledad y la bebida.

Si todos estuviéramos acompañados y sobrios jamás nos dolería la cabeza.

Habría paz mundial.

Salud, felicidad y larga vida para todos.

El mundo estaría lleno y seríamos una República mundial China.

En China nadie está solo, miles de personas por metro cuadrado y todos sobrios. No alcanza el alcohol para tantos.

Salud, felicidad y larga vida para todos.

A mí lo que me pasa es que no me pasa nada de lo que le pasa a la demás gente.

No tengo los mismos códigos, ni los mismos tabúes, ni las mismas intenciones, etc.

No fue por joder a nadie, ni a ella, ni a los viejos, ni a los vecinos.

Yo molesto e incomodo naturalmente, creo.

El otro día, por ejemplo, solamente fui amable con el chico de al lado. Eso, fui muy amable y él lo fue conmigo.

Lo encontré en la cerquita que divide su casa de la calle y me detuve a hablarle.

Me invitó a pasar.

Cuando llegó la madre y entró, bueno... ella no debió haber entrado.

Me refiero, en esos casos, cuando abrís la puerta y hay gente sociabilizando muy íntimamente, volvés a cerrar la puerta y te vas.

¿Qué tiene que ver que sea sobre el sillón de tu living? ¿Por qué tanto escándalo? Esto es lo más natural del mundo.

– ¡Bájate de ahí! Los chillidos de esa mujer eran tan insoportables...– ¿De su hijo o del sillón? Otra vez alaridos.

– ¡Vestite rápido y ándate de acá! Me digno a buscar mi ropa. La sala de estar con el sillón rojo en medio es espaciosa, hay una escalera a un lado que lleva a un piso superior, la alfombra mullidita que se debería mandar a limpiar abarca varios metros cuadrados, un gran ventanal irrumpe en la pared frontal de la casa, afortunadamente bloqueado en vista con unas cortinas naranjas gruesas.

– ¿Qué mierda está pasando acá...? – la voz de un hombre mayor con unas bolsas de supermercado se aproxima, adelante la figura regordeta alza los brazos para impedir que pase.

– ¡No veas! ¡No veas! Las bolsas se le caen al suelo en la puerta de entrada.

La mujer forcejea con él, mi vecino de al lado, todavía recostado en el sillón se ríe y yo pregunto:– ¿Cómo aguanta a su esposa?

Cuando estoy de nuevo en mi lugar. No es mi casa. Ella se encierra. Da un portazo y huye a otra habitación. No a su habitación. Está enojada.

Yo quedo sola.

Sé que en un rato viene gente.

Me siento en el suelo. Hay un reloj de madera muy grande acá, en esta

casa que es no es mía.

Está cerca del pasillo que conduce al baño. No lo ubicaron bien, la verdad, no se luce. Y como si fuera peor, no anda. Esta clavado en las ocho y diez minutos, del día o de la noche no se sabe.

Quisiera que suene, pero no va a sonar. No tengo esperanzas para él.

Pero fantaseo con un pajarito, amarillo y de pico dorado, que salga, cante una canción de rock estridente y luego estalle bañando todo de plumas.

Como un deseo concedido por la varita de un hada madrina, de esas que te tocan y te llenás de oro, belleza, un tipo con un castillo, etc. A lo Cenicienta.

El polvo mágico, la sangre.

Explota el pajarito y te baña, cual Campanita, de brillantina dorada.

Amo los cuentos de hadas.

Tocan el timbre. Entra y lo conduzco conmigo, lleno la bañera de espuma, nos sacamos la ropa.

Yo nunca llevo ropa. Los vestidos son parte mía, como las uñas o las pestañas.

Dejo un pedazo de mí, para estar con él.

Se coloca encima y me ahorca. Es una cosa sádica que te abracen.

Quiero que me coja. Los brazos de las personas son como tentáculos, sobre todo estando rodeados de agua y si tienen lunares, se me arruga la nariz ante la escena de unas ventosas pegajosas y peludas que se pegan como sopapas.

¡Cuánta mancha mugrienta! Gozo. Por suerte no es un molusco. Lo hace y vocifero. Exhalo aire, me descomprimo. Soy una máquina de vapor.

Quiero más.

Pero él concluye.

La vida es una película porno. Hay mucha gente, mucha orgía.

Y todos acabamos simultáneamente en el pecho del otro.

Él expelió en mí y después yo lo expelo a él, lo echo.

Se queja un poco, no desea dejarme. Si me lo quedara por más tiempo lloraría queriendo reconquistarme con flores, bombones y otras cuantas cosas a las que soy alérgica.

Me lleno de ronchas con la primavera y el chocolate.

O quizás rompería mis nuevas relaciones por despecho.

Querría eyacular mi vida.

Así son los ex, así son los tipos con los que te acostas y así son todos los tipos que hay.

No olvidan. Pero jamás recuerdan.

Los tengo a todos muy presentes en mi mente.

IV

Me compré una camisa. Tiene las solapas blanquitas y prolijas.

Soy un hombre formal. Cuando invito a una chica a salir me gusta verme bien y darle a entender que me siento honrado al estar con ella.

Qué pena que el lugar no haya sido el adecuado.

– ¡Che, boludo! – me dice un chico de la facultad que no recuerdo el nombre– . ¡Hace cuánto que no te veo, qué pinta! – y me da unos golpecitos en el hombro, medio borracho.

Me cuesta oírlo por la música a todo volumen. Tiene un aliento espantoso. No soporto a la gente que bebe mucho.

Ella, al lado mío... ella, que estaba al lado mío.

La traje a una joda de los chicos de la facultad porque los amigos de uno insisten, en que ellos van a ir también, porque conocen a los dueños de la casa, que son toda gente de San Martín, y qué se yo... quise suponer que estando en un lugar con gente conocida me iba a sentir cómodo.

Cómodo, claro, con Facundo vomitando en el baño y con Marcos jugando

a los videojuegos, enviciado en la sala.

Cuando la invité me quedé shockeado.

Me dijo que si, inmediatamente.

Es que me lancé siendo optimista, pero esto supero todas mis expectativas.

Quizá por la impresión y los nervios que me invadieron entonces, pedí ayuda.

La miro a unos metros, cómo vierte en su boca una botella de cerveza directo del pico.

– ¿Cómo la estás pasando?

– Bien.

Una charla espléndida. Ojalá soltara la botella.

Pero agarra otra y se conduce a un sillón. Yo la acompaño.

No me mira, tiene la vista puesta al frente. No para de beber, pero lo hace de a sorbos, toma un poquito y baja la botella.

Me recuerda un poco a mi vieja.

Una vez se me dio por leer sobre psicología. Supuestamente uno busca el modelo de mina que representa a su vieja.

Yo vuelo en mi mente mientras ella succiona con la lengua malogrando chasquidos. Lagrimea un poco, debe tener cansancio visual.

Las fosas oculares son perlas. Las pestañas son valvas desiguales embutidas en una máscara de rímel grueso y pesado. Se maquilla tan mal.

Cuando las valvas se abren muestran las perlas disperejas.

No mira a nadie. La siento a mi lado como un cuerpo vacío. Está borracha.

Recuesta más la cabeza y el pelo ondulado se aplasta un poco. Hay un toque angelical en la escena. El cuero blanco del asiento, su pelo y su expresión de estar muerta, de estar ascendiendo. Sostengo su rostro.

– ¿Le pusiste algo más a la cerveza?- Babea.

Saco el celular, pongo la alarma para que suene dentro de un par de horas cuando salga el sol y le robo al anfitrión un libro que olvidó en la mesita ratona.

Tengo a una chica inconsciente conmigo.

Acá, soy un flaco más.

Lo que más odiaría en este mundo es no ser especial.

Lo soy, por suerte. Lo soy y deben amarme. O deberían, por lo menos.

¿Por qué no me ama? Lo amo.

¿Por qué no me ama?

– Me gusta estar encima tuyo-. Susurra.

A mí no me gusta tener que cargarla, si se rompía una pierna, bueno.

Pero esto me repugna. El exceso.

No soporto a los borrachos, no soporto a los drogadictos y no me siento viejo por eso.

Antes, ya por las cinco de la mañana, me pidió perdón y me vino con que lo lamentaba mucho y que pensaba que no me iba a ofender.

¿Cómo no me iba a ofender?

– Sos bueno.

No respondo, sigo caminado en la calle, con el vientito fresco y los rayitos débiles de luz que van dando forma a la mañana.

Es cerca del colegio de mi niñez, su casa, tirando para el lado de Caseros. Me anotó en un papelito la dirección por miedo a volver a dormirse y que yo me olvidara.

Hay unos desagües por estas calles. En todas las ocasiones que tuve que

venir al colegio me empapaba los zapatos.

Soy más precavido ahora.

Sobre todo con las baldosas medio chuecas. Las salto.

Llego a todos lados con los pantalones limpios, bien puestos.

“Como todo un hombre”¿Qué es un hombre? ¿No será más fácil ser mujer?A las mujeres los hombres las besan, las abrazan, las protegen. Y las mujeres entre ellas se besan, se abrazan, se protegen.

Se expresan amor.

Una casa de dos pisos, con fachada de piedra y dos balconitos se alza delante de mí.

El cielo se está nublando.

Creo que para hoy estaban pronosticadas algunas lloviznas.

Cuando me inclino para que ella acomode los pies en el suelo correctamente, se cae. Enseguida me doy vuelta para levantarla.

No tiene control de sí misma. Las piernas y los brazos se extienden en forma de cruz, los mechones enredados del cabello negro inundan la cara pálida y entre sus huecos se ensancha, rojo, el hoyo de la boca carcajeante.

El semblante de Merlina no se despeja cuando la peino un poco (la arreglo como puedo, no quiero que parezca un cadáver).

Inclinado, le pido las llaves; balbucea ininteligiblemente y golpea, de la manera en que lo haría un bebe con su sonajero, la pequeña cartera que lleva cruzada en los hombros y que tiene a metros de su mano derecha.

Caen las primeras gotas. Es domingo y es muy temprano para ver gente en la calle. Al lado nuestro la tierra de los jardines se ve oscura, como si le faltara oxígeno. Hay plantas, sí, pero el color de la tierra no se ve bien.

Hay una aureola gris, el material de piedra de la casa que tenemos construida en frente me asusta. La tierra que nos rodea y las flores que adornan el jardín delantero, no adornan, son invisibles.

Soy como un perro. Veo todo blanco y negro.

Ya llueve.

Abro la puerta con las llaves que me dio, me vuelvo, la tomo en brazos y entro en la casa.

Las paredes color crema otorgan neutralidad al pasillo, lo recorro empujando la puerta para cerrarla y ya, en ese túnel ambiguo, tranquilo, con una bombilla de luz dorada coronada a medio camino, me dirijo hacia la primera apertura del lado derecho.

Un living con una mesa rectangular, sobria, me saluda. No hay demasiado mobiliario más allá de esta mesa. Un par de porquerías en las esquinas entre las que está una bicicleta fija oxidada y unas muñecas de porcelana rotas, con brazos y piernas desperdigados en el rincón, completan el panorama.

Ella suspira entre mis brazos.

Me siento incómodo.

Dice que quiere sentarse, la ubico, entonces, en la cabecera de la mesa.

– Tus viejos ya llegan, ¿no? Quiero irme.

– Mi mamá está durmiendo.

Bárbaro.

Que te vaya bien.

Me agarra de la mano, sin fuerza.

Acaricia mis dedos con los suyos. El frotar de dedos es áspero.

Tiene la piel paspada. Siento que sus uñas están rotas, mal cortadas. Yo tenía la piel así cuando era más chico y lavaba platos para que no se amontonaran sucios.

Le tomo la mano para observarla. El esmalte azul con brillitos está muy carcomido. Tiene que quitárselo y pasarse otra capa de pintura.

– ¿Te quedás a dormir conmigo?

Estoy más que feliz. No tenés idea de cuánto tiempo esperé para este momento. Para entregarme. En cuanto te vi me pareció que eras el indicado. No hay otro como vos. Lo sé. Me lo dijo el cielo. Soy muy

creyente, por si no te diste cuenta.

Detrás del espejito del baño hay una estampita de la virgen.

Bueno...Ya es tarde.

Estoy sentado en la cama de su dormitorio, parece que anteriormente fue un desván, si bien está conectado a un cuarto de baño.

La cama tiene un acolchado color lila con unos dibujos muy tenues de mariposas; los pliegues se hunden debajo del colchón entre el ensamblaje pintado de blanco que se tuerce en la cabecera haciendo círculos.

Las paredes están recubiertas de madera, hay algunos almohadones despeluchados por las esquinas. Si caminás descalzo sentís la pelusa.

Me hizo quitarme los zapatos y esconderlos debajo de la cama.

– Soy prolija. En el techo, una lamparita sobresaliente de un bol de metal de donde cuelgan CDs me da dolor de cabeza. Nunca me gustó el reflejo de la luz. Cuando entré me llevé puestos los discos.

Una serie de posters de chicas desnudas nos saludan en cada una de las cuatro paredes.

Parecen hasta de colección, por cómo cada uno continúa la escena del otro.

– ¿Te gusta el porno? – quiero preguntar.

“Nymph()maniac” se lee en uno.

Me llaman la atención.

Si yo tuviera que dormir todas las noches acá me levantaría a la madrugada a destrozarse los posters, fantaseando así, que las chicas pasarían a este lado. Como si el poster fuera un portal.

Qué tortura.

Ajena a mis pensamientos se arroja al suelo, sobre una alfombra de Minnie mouse con manchas rojizas; asumo que de pintura.

El vestido se le sube un poco por la tensión de la tela cuando se arrodilla.

Observo sus muslos y los brazos que se apoyan ligeramente hacia atrás,

con el torso para adelante. Parece perdida.

– ¿Estás cómodo? – pregunta.

– Bastante, ¿no querés sentarte vos en la cama? Dice que no con la cabeza.

Me acaricio la nuca. Se va a despertar su mamá o alguien más, en el peor de los casos, un pariente hombre, y, pensando cualquier cosa, me va a cagar a palos.

– ¿No querés venir vos al suelo conmigo? Doblo las piernas y choco con el suelo. La cama está suspendida a medio metro.

– Te quiero más cerca.

Ve mal. Ya estoy cerca. El lugar es un cuartito. Si extendiendo una pierna, la toco.

Se le infla la cara de aire, como un pez globo al instante se deshincha.

Y se lanza, lanza el aire y se lanza ella encima mío.

– ¿Qué carajos hacés? La aparto de mí y me levanto del suelo. La observo desde arriba.

– Intento tener sexo con vos, te dije cuando llegaste, que quiero tener mi primera vez. – Hace puchero.

– Estás drogada.

Abro la puerta del cuarto, bajo las escaleras y sigo los pasillos por donde vine. Todo rápido. Es increíble cómo cuando uno está decidido, atraviesa hasta la tierra.

¿Cómo iba a acostarme con una mina que recién conozco, drogada, en su casa, que puede venir alguien y pensar que la estoy violando?

– Demasiado loco, todo.

– Muy boludo. Vos, digo.

Seguramente soy boludo, le cuento esto a cualquiera.

Soy un boludo y me merezco que me traten de boludo.

– Sos lento, ¿eh? ¿Por qué somos amigos? no sos mi amigo.

No tengo amigos como vos.

Marcos se mete a defenderme, que también le parece raro, el otro discute, yo me canso y me alejo. Me alejo mentalmente, obvio, porque estoy en mi casa. Son ellos los que no se van.

Quiero quedarme solo. Quedarme sin mi vieja, sin estos, sin los otros que no veo ahora, pero que están.

Y dormirme.

Con ellos, cuesta conciliar el sueño.

Yo estoy rodeado y despierto en todo momento. En todo mi cuerpo estoy consiente.

Uno de mis brazos está en los dos años, apretujado contra ella cuando nos escondemos de papá. Casi no puedo respirar.

Mi nariz duele.

Mi pierna está en los seis, el primer día de colegio, cuando se olvidaron de venir a buscarme.

Mucho cansancio.

Debí habérmela cogido, volver sin fuerzas y dormir de una vez.

Muchas veces me he convencido de algo que no es real a propósito. Era un mecanismo de defensa.

Me ponía nerviosa cuando no me acordaba qué pasó.

La gente me explicaba todo lo que me sucedía en esos tiempos. Sentí mucha vergüenza.

Una mujer joven con problemas de memoria, que confunde las cosas.

Pobre, pobre loca.

Pobre de mí, sí.

Yo no soy una persona que le guste lamentarse, ¿eh?, soy realista, nada

más.

Soy digna de lástima.

No estoy segura si tuve un novio de verdad, sé que estuve libremente con varios hombres y con una mujer, sí.

Pasa que me inventé tantos y tantas.

Tuve relación con esos hombres, pero las cosas no sucedían como en mi mente (y no eran los mismos hombres de mi mente).

El más importante de todos me violó.

Era muy violento. Usaba una campera de cuero negra, tenía un piercing en la nariz y andaba en moto. Le gustaban los ruidos fuertes y la carne roja.

Me dejó cicatrices terribles.

No sé si se llamaba Pedro o Pablo.

Tampoco si existió realmente. Pero lo que me hizo fue devastador.

No volví a ser la misma. Al hacer la denuncia me llamaron loca y se rieron.

Con el tiempo y mucha terapia dejé atrás todo.

Ahora soy muy feliz en la nada.

V

A través de los espacios abiertos uno se torna sensible, vulnerable. Cuando hablás mucho, te abrís, aunque la conversación no sea en torno tuyo.

Das tus opiniones, dejás entrever emociones, sentimentalismos, gustos, etc.

No es bueno eso.

Yo me siento cómodo en lugares apartados, con mi radio, observando el cielo todas las mañanas, con las plantitas que cuida Gertrudis moviendo

las hojas a modo de saludo. La mucama se hace cargo de prepararnos la comida...

Tengo todo.

Tengo demasiado.

Gertrudis nunca se calla.

Ayer dijo seis palabras.

– En este mundo no estamos solos.

Es una idea recurrente de ella. Yo no respondo. Vivimos solos con la mucama.

Me hace señas. Indica con el dedo en varias direcciones.

Volteo la cabeza y vuelvo la vista al cielo, cuando me canso observo el papel tapiz de la pared. La humedad lo hizo pelota y yo me entretengo buscándole formitas a los grumos.

La mayoría tienen forma de esponja.

Golpean la puerta del cuarto, interrumpiendo mis conclusiones mentales.

Cuento hasta veinte.

Entonces Gertrudis se acerca a la puerta, apoya la oreja y cuando está segura de que atrás no hay nadie, abre, toma la bandeja y la cierra de golpe, con prisa.

Mi mujer es muy precavida.

Estoy orgulloso de ella.

Se sube a la cama con la bandeja y con el gesto de la mano me llama.

Es mala comiendo.

Quiere agarrar una galletita y vuelca la taza de café. Enderezo dicha taza antes de que se derrame mucho líquido.

Colisiona. Sus brazos chocan con la fuerza del impulso con que se hace de las cosas, y en su cara triangular los portales se cierran con un impacto que deja mella en el suelo de su piel.

Al instante, como presiente que la observo, abre los ojos del cosmos.

Ella no ve. O verá poco.

No me engaña.

Aunque oye muy bien.

Sus ojos nunca fueron los mejores. Cuando me casé con ella no lo noté, porque cuando uno no lleva tanto con la persona y más si se enamora, no la conoce.

La amé juzgándola histérica, caprichosa, voluble, demandante. La amé porque yo era un masoquista que quería una bruja que me haga sufrir.

Al transcurrir los años, con la mente y el cuerpo frío, y con el anhelo vuelto a mí persona, a mis sueños, a mis aspiraciones, a mis asuntos concernientes, una mañana me llevé un susto tremendo con una mujer desconocida durmiendo a mi lado.

La nueva Gertrudis era una obsesiva de la limpieza, que cocinaba bien, preparaba viandas vender y colaboraba con unos pesos. Se quejaba cuando yo llegaba tarde y le gustaban los zapatos caros.

Era una persona, ahora, con sus puntos fuertes y su debilidad principal, una ceguera progresiva.

Tropezaba al caminar. Asumí que era chueca, en una primera instancia.

En una circunstancia en que perdió el equilibrio, sus ojos, azul profundo, me mostraron el vacío. El universo.

Un montón de tierras dispersas. Hubo un "boom" y se soltaron.

Una vez habrá tenido tierra, habrá estado sujeta. Una vez, ahora no.

Yo me voy soltando de a poco.

– En este mundo no estamos solos, los oigo.

Dijo que el muñeco es un sepulturero. No me decía nada, hasta que aventuré, desanimado, como último intento:

– Está lindo el barrendero.

Levantó la cabeza y me miró mal.

– Es un sepulturero, eso es una pala.

Ah.

Para mí nunca somos totalmente sinceros con lo que queremos decir. Yo creo que eso no es un sepulturero sino un “ándate a cagar”, por ejemplo.

Quiero hablarle.

Cuando era chico tenía problemas para comunicarme con los demás. No sabía explicar, ni pedir algo, siquiera.

– Quiero un vaso de agua.

– Estamos en la plaza, – achica los ojos, sin entender. – ¿Te sentís bien?

– También quiero hablar con vos.

Suspira.

– Decime.

Fue un pedido de disculpas.

Y es que estoy solo. Y ella me gusta. No hay chance.

Sería tonto seguir enojado.

No la puedo dejar ir.

La gente de la calle, de la baldosa, no me provoca interés de transmitirles más que una necesidad. Yo necesito tal cosa.

A ella no la necesito.

Ella es el vaso con agua.

Bebo todo lo que puedo. El vidrio de sus dientes se rompe cuando lo muerdo. Cuando termina la tarde que paso con ella, llegamos a su cuarto, a su casa, que ya es familiar a mis ojos.

Rompo el vaso, me empapo, las manos blancas me arrancan la camiseta mojada.

No pienso.

Pensar es de mal gusto. Lo supe recién esta tarde.

Arrugo su vestido celeste cuando se lo saco, mis puños aprietan la tela entre mis manos.

Su pecho y su vientre se acercan. Tras el agua, estamos húmedos.

Ella es aire; cuando emerjo la respiro.

Luego, en el vaivén de las olas con ella arriba, en el cielo, hace fuerza contra mí y me vuelve a ahogar.

Me siento tan completo, que siento como si estuviera solo.

Nunca he esperado la aprobación de los demás en cuanto a mis elecciones personales.

Mentira, la espero.

Este es mi círculo. Leo las muecas de incomodidad.

No es culpa de ella. Quiere ponerle onda.

Aunque algunos de sus comentarios no caen del todo bien.

– ¿Pero aparte de ir a la universidad y ser niñera de tu hermana qué hacés? Tenés veintipico de años, ¿no? ¿Y si laburás? Pero ellos son hombres, no los puede amedrentar.

– No sé... tengo que ver los horarios disponibles.

Le paso un brazo por el hombro sobre los almohadones en el suelo, donde nos dejamos caer. Se extiende con abandono, las zonas oscuras que se forman en la sombra de la falda me tientan a introducir las manos. Juego con un par de mechones castaños.

Cierra los ojos.

Su respiración es lenta.

La otra noche le acaricié la espalda con la punta de los dedos. De a poco juntó sus piernas a la altura del estómago. Se contrae como un gato.

Ahora mismo refriega su frente contra el hueco de mi clavícula.

Le falta ronronear.

Su nariz me hace cosquillas bajo el cuello.

La conversación de mis amigos nos excluye.

Prescinden de nosotros.

Al irnos, se lo comento.

– Ahh... – chasquea la lengua. – No me cae bien el rubio, pero el morocho seguro coge bien.

Es graciosa.

Pienso en eso cuando me acuesto a dormir junto a ella y me abraza.

La cama está mojada por una cerveza que se le derramó. Las agujas que tiene de dedos aprietan la piel lisa de mis costillas.

– Te amo – dice.

Me doy vuelta para darle un beso.

– Era un chiste.

Guardo silencio.

Tengo la boca y los párpados cerrados. Ella no vuelve a declararme su amor, ni en chiste.

Me imagino penetrándola. E imagino el calor.

Lo último no lo sé imaginar, las sensaciones son abstractas, y yo no soy una persona ni cálida ni corporal.

A mi madre no puedo abrazarla. Y ella tampoco me abraza.

VI

Otra vez no.

Lo dije esta mañana. No quiero quilombos.

Ella tiene un mal prontuario con novios.

Puede hacer de su vida lo que quiera, repito.

Pero hay leyes, vivimos en una sociedad. Leyes de mierda en una sociedad podrida.

Pero leyes, sí.

Que vuelva a salir con varios, si no.

Es que yo no quiero canas acá, no quiero.

Él me saludó esta mañana.

– Hola, Mónica, ¿cómo está? Me cuesta creer que Merlina sea su hija, usted se ve tan joven, ¿a qué edad la tuvo?

Ufff, la puta.

– ¿Para qué me dé la edad? Espera que saco cuentas, a los doce, trece años, ¿no? ¡Merlina!

Pego el grito y la pendejita aparece ahí detrás de la puerta con el cepillo de dientes en la boca.

– ¿Cuántos años tenés vos, ahora?

¿No se puede vestir, por amor de Dios?

El chico se hace el desentendido, tiene a la chica con él, en ropa interior, delante de la supuesta madre.

– Cincuenta.

– Ponele que es hija de mi abuela, entonces.

Me sonrío, el tarado.

– Qué divertidas que son ustedes.

Después de lavarse los dientes, entra a la cocina para agarrarse una botella de cerveza, cosa de despejarse para todo un nuevo día. Él se da

vuelta y se va con ella, que lo arrastra de la mano.

Yo no quiero ser una vieja amargada y juiciosa, solo que honestamente veo venir problemas. No me pregunten por qué.

Yo no sé un carajo.

La gente cree que sí solo porque hablo con mucha seguridad.

Soy segura porque no tengo nada que perder.

No hay gente más segura que la de mi tipo. Si a alguien no le gusta lo que digo, puedo arrancarle el cuello.

Ya lo he hecho. Cuando se lo conté a mi hermana me respondió:

– ¿Otra vez te agarraste a las trompadas?

Discutí, nada más. Y gané la discusión.

Él aparece del exterior y cuando abro, me estampa un pico.

– ¿Cómo estás hoy, hermosa?

– Bien.

En la esquina nos están esperando sus amigos. Un morocho y un rubio. Los dos tienen pinta de afeminados. El rubio más que el morocho.

Nos acercamos.

Mi novio intenta sacar charla toda la caminata.

Ellos contestan desganados.

Cuando estamos en la entrada del portón, veo una chica con una pollera larga, hasta los talones. Inclina mucho la cabeza cuando se le dirige la palabra. Usa anteojos gigantes.

No me gusta.

Yo me atrincho en un banquito de plástico en la cocina.

Allá, en el living semi vacío del edificio, están en círculo.

Deben cuchichear sobre mí, mientras dibujan una estrella wicca en el suelo, sospecho.

Yo no quiero estar con ellos.

– ¿Jugo de naranja?

– ¿Whisky?

Mi novio arruga el semblante.

– No quiero que tomes, ¿vamos con los chicos?

Medito.

– ¿Me traés algo para el dolor de cabeza? Revisa un par de cajones, como no encuentra nada, me hace un gesto con la mano. Ya vuelve.

Huyo por la puerta detrás de la cocina.

Se aparece un salón y dos pasillos a cada lado. Hay una araña gigante en el techo. Dos de sus patas son muy largas, como cables, y se extienden desde el centro del salón hasta los pasillos opuestos. Las lamparitas a modo de ojos, parpadean.

Mis pupilas se ensanchan del pánico. Qué terrorífico es cuando la luz falla y todo se disuelve.

Corro por uno de los pasillos y me meto tras la primera puerta que veo.

Entonces me topo con una cama blanca, un chico durmiendo y una ventana en forma de óvalo que no tiene cortinas.

Lógico, no existen las cortinas redondas.

– ¿Quién sos? – me pregunta el chico, despertando de golpe.

Busca desesperadamente algo en la mesita de luz, tatea.

Doy unos pasitos, tomo sus anteojos y le pregunto:

– ¿Para qué los querés? ¿Ves mal?

– ¿Quién sos?

Se los coloco.

– Con los anteojos te ves mejor, sí.

Tiene quince, creo. Es medio rubiecito y de cachetes rojos.

Me siento en la cama ante su mirada atónita.

– ¿Sabés quién soy?

Es divertido preguntar cuando no te conocen. La gente hace lo imposible por recordarte y quedar bien.

Se le abre más la boca. Titubea y se sostiene los anteojos para que no se le caigan.

– No sabía que de verdad iban a venir, Agustín me contó que una chica vino, pero no supe si creerle.

No me mira.

Quiero jugar.

– Si, vine.

Me siento a horcajadas sobre sus piernas. Le rodeo los hombros con los brazos y descanso mi mejilla contra la suya.

Está congelado, pobrecito.

Yo lo disfruto.

Me balanceo. Entre el balanceo, cierra la boca y olvida el gesto bobo.

Se engrandece, levanta mi vestido y a la vez mis manos. La ropa vuela como si se la robara la nada. Siempre es mejor despojarnos de todo lo que podemos. Olvidemos todo.

La cordura no vale nada.

VII

Hay demasiados puntitos de colores a lo lejos.

Soy un águila que contempla.

Cuando le conté a Gertrudis de los puntitos se asustó más.

Está paranoica, pobre. Dice que escucha ruidos provenientes de los cimientos.

Le quise explicar que son insectos, pero ella tiene miedo porque dice que cuando bajás a la tierra esos insectos se vuelven gigantes.

Me pone nervioso.

Tres bifes limpios.

Una patada en la parte interior del orto. La partecita sensible, digo. Entre el ano y las bolas.

Un par de escupitajos y ya.

– Seguro usó forro.

No me golpean más porque les da asco acercarse a mí. Esto es una metáfora.

La cagada a palos, digo.

Pasa que dolió como la concha de su madre.

Posta.

Ahora estoy aturdido, por eso no lloro. Cuando caiga voy a doblarme del dolor como las lombrices de pesca cuando se les inserta el gancho.

– Maxi dice que no y él tiene doce años. Nunca estuvo con una chica.

Encima tampoco entiendo el porqué de la humillación.

¿No es suficiente ya con ser un cornudo y que todos lo sepan?

– Ah...bien por él, entonces.

La mina de trenzas y de anteojos grandes, se arremanga la pollera larga y da un paso adelante. Parece un toro queriendo amenazarme.

Los flacos de pinta tranquila que acompañaron durante todo el interrogatorio de "¿Qué clase de loca trajiste a este templo de Dios?" de

parte de la gorda religiosa, la detienen.

– Juli, él no tiene la culpa, la trajo pensando en ayudarla.

Uno delgadito, con pintita de bueno la sostiene con la mano en el hombro.

Ella bufa.

– Maxi es chiquito, no entiende nada y andá a saber si le contagié alguna enfermedad sexual. Yo soy responsable de él, no lo protegí y ahora esa enferma lo violó...

Siento el murmullo de una voz amigable a metros mío.

– Lo violó – seguido de una risita.

No se quiere burlar. Tanto él como Marcos ponen cara de pena cuando tuerzo la cabeza.

“No era para vos”

– Che, nos vamos yendo.

La polleruda gruñe.

– Ni consideración...

Los chicos le dan la espalda y yo con ellos.

Se supone que en este momento termina todo.

Que nos vamos, que yo llego a mi casa y duermo.

Al día siguiente lloro despatarrado en mi cama, me visto y voy a lo de Merlina a putearla de arriba abajo. Por puta, por alcohólica, porque me dejó como un pelotudo y por las demás cosas bonitas que se le deben decir en honor a la justicia y la verdad, entonces los pibes me arrastran cuando empiezo a suplicar perdón y me engancho de sus piernas moqueando.

Seh.

Pero eso no sucede.

El mundo es más asqueroso aún que mi ex novia puta que se estrenó a un

nene de doce años en un grupo de autoayuda de la iglesia.

– No se van. Llamé a la policía. Voy a hacer la denuncia.

Estoy pensando en un autor que me gusta mucho, Golding.

El de “El señor de las Moscas”, solo que ese libro mucho no me llama, lo empecé a leer y me aburrí.

“Los herederos” me gusta más.

Hay un fragmento que dice así:

“El hombre se volvió hacia un lado en los matorrales y miro a LOK por encima de su hombro. Un palo se levantó y había un bulto de hueso en medio... De pronto LOK comprendió que el hombre estaba sosteniendo el palo para él, pero ni él ni LOK podían alcanzar el otro lado del río... El palo empezó a acortarse por ambos lados. Después creció hasta su tamaño original otra vez.

El árbol muerto al lado del oído de LOK adquirió voz.

– ¡Clop!

Sus oídos se crisparon y se volvió hacia el árbol. Al lado de su cara había crecido una varilla...Esta varilla y una sustancia de color castaño y pegajosa colgaban de sus ganchos. Su nariz examinó esta sustancia y no le gusto. Olió a lo largo del asta de la varilla. Las hojas de la varilla eran rojas y le recordaban al ganso. Se perdió en su asombro e inquietud generalizados.”

¿Entienden algo? Léanlo varias veces.

Al flaco lo atacaron con un arco y flecha.

Él no tenía concepción de esto, por eso lo describe así. No tiene de dónde agarrarse para entender lo que sucedió, que le clavaron una flecha, que está herido y blah blah blah. Con lo mío, pasa igual.

La policía golpeó la puerta. Nadie salió.

Las voces de fondo, de la gorda, creo, que dice algo de la aprovechadora de menores, del nene de doce años, etc...unas manos en mis hombros que aprietan con dedos cariñosos, el resplandor de la bombilla del patrullero reflejado en el mármol de la pared de plantas trepadoras; los vecinos asomados desde las casas contiguas y las caras de los policías que hacen

un gesto entre sí a modo de "no queda otra" frente a la puerta.

Entonces, ABAJO.

Y la puerta no está.

No supe quien, me aclararon que fue Facu, entusiasmado, el que me tomó del brazo y me hizo entrar a las corridas a ver.

El siguiente recuerdo es estar en una habitación rosa con portadas de mujeres desnudas, viendo a unos tipos, los policías, agarrando a una chica con los brazos ensangrentados.

Gritaba algo así como:

– ¡No me violen!

Quiero destacar que este relato está muy depurado, al principio era como el de LOK.

Puede haber fallas en mi reconstrucción de los hechos.

Yo grité:

– ¡Déjenla!

Ahí se puso todo negro.

Según Marcos me les abalancé a los policías y uno me dio un codazo que me hizo golpearme contra una estantería detrás de mí. Y después me desmayé.

Puede ser.

Lo que me cuesta tragar, como una papa gigante en mi garganta, es que la chica era Merlina.

Pero era su casa, su cuarto y la buscábamos a ella.

Aunque no era su casa y su cuarto... ¡Nada es lo que parece!
Absolutamente nada, ¿eh? Después de esto ando con miedo de levantarme una mina por la calle y que termine siendo mi hermana.

Todo puede pasar. Se los juro.

Las minas que te encontrás por la calle pueden ser el fruto de una aventura de tu viejo cuando andaba de joda, al punto que te casás con la mina años después, tu viejo brinda con tu suegra y no la reconoce, porque

estaba empedado cuando se la cogió. Y tus hijos salen deformes.

Sí. La casa era tomada.

En el griterío, apareció una pareja de ancianos con un palo.

El hombrecito, de un metro y medio, según Marcos, de un metro cincuenta, según Facundo, portaba lo que habría sido antes la pata de una cama. No intentó atacar, por suerte.

– No pasa nada, Gertrudis, ¿oís que ya llegó la policía? – le relataba a la anciana ciega.

Cuando estuvo todo calmo los ancianos expresaron ser los dueños de la “mansión” y agradecieron que agarraran a los ladrones.

Luego preguntaron cuándo les traían todos los muebles, artefactos, joyas y demás artículos que les habían robado.

Como no se entendió un choto en ese momento, les respondieron la posta.

– Nadie se robó nada, señor.

Por lo menos, no ahora.

Ellos fueron los siguientes en ir a parar al hospital.

Continuando.

Merlina está en un loquero.

Tenía sangre porque quiso suicidarse. Cuando entraron los canas al cuarto se le abalanzaron antes de que la maquineta de afeitar diera con sus venas.

El siguiente en intentar suicidarse voy a ser yo.

El espejo me devuelve la cara de un muñeco ojón de líneas de expresión inmóviles.

Marcos quiere llevarme al psiquiatra.

Tengo tantas ganas de reírme.

Si no me río es porque, como dije antes, no siento la cara.

VIII

Tres meses después

Cuando estoy un poco mejor de la cabeza, después haber estado empastillado, insomne, depresivo (más que de costumbre), pelotudo, sometido a las crueldades de la vida, digamos; con la única suerte de que para aminorar mi trauma dijeron del juzgado que lo del nene no fue violación, entonces...La católica vino a molestarme otra vez.

Habló algo de un juez de apellido "Zafador" que dijo que "no fue violación porque la chica está buena" y que todo era mi culpa.

Deseo explicar que nunca le he dado pelota ni a la religión ni a nada de la onda espiritual, pero quizá sí haya algo de eso, las señales o el destino, alguien que nos quiera transmitir su saber a nosotros, los débiles mortales.

Es arduo llegar a este punto. He sentido decir que cuando la gente está desesperada, empieza a creer como un salvavidas y que la espiritualidad es el mayor negocio del mundo.

Estoy seguro que las grandes entidades corporativas de la esfera terrestre quieren lucrar.

Pero yo sé que lo de la católica fue un mensaje del otro lado, previo a "La señal".

Marcos tocó a la puerta la mañana del lunes primero del mes.

Facundo, atrás, con una sonrisa de oreja a oreja, mira atento.

A él le parece divertido. Me estuvo hablando las noches que se quedó a cuidarme, de series estadounidenses donde hay policías y criminales que se meten a la fuerza en las casas a cada rato.

– Y alguien amenaza con matarse para que no lo atrapen, pero luego saca un revolver o un arma blanca... – farfullaba las noches en que me ponía gotitas en los globos oculares para que no se me sequen.

Cuando Marcos se sienta en el sillón del living, percibo que va a tratar algo importante. Él no acostumbra sentarse en mi casa, dice que se ensucia.

– A Merlina le dieron el alta del psiquiátrico con el diagnóstico de esquizofrenia paranoide. Le perdonaron el cargo de robo por falta de evidencia y sobre todo porque es menor de edad, sumado a su enfermedad. Es un chiste de mal gusto.

– ¿Cómo te enteraste? Y Merlina es mayor de edad.

Si se trata de hacerme reír, la erra. Nosotros no tenemos manera de saber ningún dato, ni siquiera yo sé el loquero donde fue a parar Merlina.

– Tiene diecisiete. Me enteré por Mónica, por los viejos y por la católica que hicieron la denuncia. Los visité. Les dije a los ancianos que yo alerté a la policía. Ellos no están bien del mambo, tampoco. Como tienen miedo de que vuelva, encargaron a un albañil que levante un muro sin aberturas, dicen que ya compraron semillas y van a vivir de la tierra de su jardín, que no les va a hacer falta ni ir al supermercado. La católica mientras me gritaba me contó más o menos lo mismo de donde estaba internada y sobre las denuncias que le rebotaron por ser menor de edad. A Mónica me la encontré en una pensión de zona sur, al visitarla, Merlina me dijo dónde podía haber hui...

Y la reconcha de tu remil puta madre, y toda la mierda que te pario, infeliz, puto, maricón culo roto.

La violencia es algo malo. Muy malo. Por eso yo no puteo en voz alta. Hay que guardar la compostura.

Esto fue un accidente. Soy un poquito torpe.

No hay que ser violentos de ninguna forma.

Y tampoco hay que ser mierdas de personas como el pedazo de gil que tengo acá en el suelo chorreando sangre y ensuciándome más la casa. Todavía en el suelo, la mierdita, se tantea el saco de viejo berreta que lleva puesto y deja, junto a sí mismo, un sobre.

Facundo me lo alcanza, con la jeta radiante y se aleja unos pasos.

Al abrirlo, una carta.

Y esta fue "La señal".

– Facundo, ¿tenés el teléfono de un psiquiátrico público?

– No, pero dejáme un minuto que busco en internet.

Dice contento sacando su celular.

– Llamá para que vengan a internar a alguien.

Marcos, desde el suelo, levanta la mano pidiendo atención.

– Necesito una ambulancia, no un loquero.

Le hago un gestito.

– No es para vos.

– ¡Ya está! – dice Facundo– . ¡Ya vienen, les dije que era una emergencia!

Hizo bien.

– Bueno, ahora agarrá a Marcos y rajen de acá.

Se quedan callados, viéndome.

Okey.

Lo agarro del saco viejo y lo arrastro como puedo a la puerta.

– ¿Qué carajo hacés?

– Se van. Se van, dije. Se van a la concha de su madre puta, ya.

En cuanto se cierra la puerta de golpe y siento sacudirse la casa, imagino el rostro de pánico de Facundo, del otro lado, con la idea llameante en los ojos de que lo dejaron fuera de toda la porquería que quería protagonizar. Porque él, Marcos, mi madre, Merlina, los rompebolas de ahora como la católica y los de antes, que sobreviven en mi mente, quieren ser los protagonistas de mi vida, hasta succionármela. Y por eso yo los echo.

Y la casa esta, celeste, llena de luz, llena de paz, llena de polvo, llena de muerte, de duendes resquebrajados y paredes húmedas, es mía.

– No tuya.

La moribunda se mueve, da espasmos.

Esos espasmos son vómito, ella se resiste a dejar de consumirme cuando le grita a los enfermeros que la sacan de la cama roñosa, del cuarto roñoso, que yo limpio porque ella no puede.

Les grita que ella es mi madre y que esa casa es suya.

– Es mía.

Yo cumplí, saldé tus deudas, incluso. Vos ahora me debés esto, sumado a lo otro, que nunca me diste.

Con el segundo golpe de la puerta al cerrar, yo doy vuelta la llave para que no entren de nuevo.

Entonces me siento en el sillón, agarro el apunte que hay que leer para la facultad, suspiro y pienso en voz alta:

– Ojalá Marcos y Facundo no me hablen mañana.

[A juzgar por cómo se extendió la tinta, una palabra a modo de título fue borroneada a los segundos de haber sido escrita]

No sé qué día es hoy.

Me levanté entre las sábanas sucias de este hospital.

Se las mostré a tu amigo y me dice que están limpias. Le di la razón.

Te odio.

Arruinaste mi vida.

¿Eras virgen la primera vez que estuviste conmigo? No se te paraba.

Chizito de mierda.

Suicídate.

Merlina.

[Lado posterior de la carta, garabateado en lápiz]

Nunca vas a saber lo que es vivir en el planeta con los pies en otro mundo.

Las veces en que no me abrazabas se perdía la conexión en el cosmos.

En una de esas salí volando y me choqué contra una estrella.

Su fuego me fulminó las piernas.

Estoy loca.

Ya no tengo casa.

Estoy en la calle, perdida en la tierra.

Obra registrada en la Dirección Nacional del Derecho del Autor.